

LA REENCARNACIÓN DE BARACK OBAMA (Y OTROS FRUTOS AGRIDULCES)

EL MAL MENOR

Estas del 2012 han sido unas elecciones presidenciales americanas en las que cuenta más, por paradójico que resulte, la derrota del opositor que la victoria del titular. Por decirlo de otra manera: no son tanto las elecciones ganadas por Barack Obama, sino las perdidas por Mitt Romney. Con esto no se quiere quitar mérito al trabajado y arduo triunfo, sino subrayar precisamente las carencias del que, perdiendo, lo ha hecho posible. Si se quiere, en este complicado análisis siempre encerrado en el arcano de averiguar por qué la gente ha votado de la manera en que lo ha hecho, ha sido este el éxito del mal menor. O su equivalente: la apuesta por lo malo conocido en vez de hacerlo a favor de lo bueno por conocer. También los anglosajones tienen una gráfica frase para describir el estado de ánimo: *"It is better the devil we know than the devil we do not know"*. ¿Podríamos añadir aquello de que "más vale pájaro en mano que ciento volando"? Quede la acumulación de recursos retóricos populares como la mejor manera de describir el ánimo con que los americanos han concurrido a las urnas el 6 de noviembre de 2012 con el fin, entre otros, de elegir a su Presidente para

Javier Rupérez es embajador de España. Del Patronato de la Fundación.

el cuatrienio que acabará el primer martes tras el primer lunes de noviembre del año de gracia de 2016.

BARACK OBAMA

De la multitud de posibles comparaciones numéricas que toda elección trae consigo, vale la pena retener la que encierra los datos centrales del resultado de la contienda: Obama ha obtenido un total de 62.615.406 votos populares mientras que Romney recogía 59.142.004 en esa misma cesta. Es decir, el reelegido inquilino de la Casa Blanca ha obtenido 3.473.402 votos más que el exgobernador del estado de Massachussets. En términos porcentuales ello se traduce en un 51,43% frente al 48,57%, una diferencia del 2,86% del total de los 121.757.410 votos emitidos en el conjunto del país. Para establecer un módulo de comparación, Obama ganó en 2008 a John McCain por una diferencia de 8.542.547 votos -66.862.039 a 58.319.442-. Y el dato que ayuda a comprender parte de lo sucedido es que hace cuatro años participó en las elecciones el 62,30% del censo, mientras que en 2012 lo han hecho el 57,51%.

En una apresurada pero probablemente cierta deducción se puede concluir que los cerca de cuatro millones de votos menos que Obama ha recibido cuatro años después de su primera elección se encuentran casi en exclusiva en la abstención del que originariamente constituyó su primer electorado. Y de manera paralela cabe pensar que los apenas novecientos mil votos que Romney ha podido añadir a la cosecha recogida por McCain en 2008 reflejan las dificultades del primer candidato mormón a la Casa Blanca para ampliar de manera significativa la bolsa electoral republicana. Estos han sido dos candidatos marcados por el desencanto uno -Obama- y por la desconfianza otro -Romney-. En consecuencia han sido unas elecciones donde poco ha cundido el entusiasmo, mucho la incertidumbre y bastante la resignación.

Claro que, como bien se sabe, no son los votos populares los que otorgan o niegan la presidencia de los Estados Unidos, sino su traducción en los que eventualmente depositan los miembros del Colegio Electoral a principios del mes de enero en una ceremonia ritual de previsible resultado, ya

que sus integrantes se limitan a manifestar la voluntad de los electores de los respectivos estados federados a la cual han quedado unidos por mandato imperativo y bajo una fórmula mayoritaria: con la conspicua excepción de Nebraska, los votos obtenidos en el Colegio se otorgan en su totalidad al candidato que haya obtenido la mayoría, por exigua que esta resulte. En este definitivo cómputo Obama ha obtenido, en 2012, 332 de los votos electorales, mientras que Romney consiguió recoger 206. Distancia significativa pero más corta que la que separó en 2008 a los dos contendientes –365 para Obama contra 173 de McCain–. En la práctica ello se traduce en que el candidato demócrata ha retenido en su mayoría casi todos los estados de los que se esperaba o temía un cambio de signo –en particular Florida y Ohio– mientras que el republicano solo ha podido añadir a su cuenta particular, sobre los resultados obtenidos por McCain en 2008, los éxitos en Indiana y Carolina del Norte; a todas luces insuficientes para alterar el resultado final de la batalla. Pero los analistas electorales americanos, tan dados a la estadística, a veces utilizada con finalidades cuasi adivinatorias o incluso proféticas, ya han incluido en sus anales el hecho de que esta segunda victoria electoral de Obama –la tercera vez consecutiva que en las series presidenciales americanas se produce una repetición de mandatos de ocho años, una rareza comparativa– es una de las pocas en que el candidato obtiene en su segundo intento peores resultados que en el primero. Otro de los signos indudables de los tiempos: del “*Yes we can*” a la desilusión.

No es que la Casa Blanca o el Partido Demócrata tuvieran por segura la victoria de su candidato. Han sido varias las veces en que a lo largo del último año, cuando se pusieron en marcha las distintas maquinarias electorales, Obama y sus gentes dieran muestras de cansancio e incluso dejaran entrever una cierta premoción de la derrota. Ya con posterioridad al mismo día electoral, cuando la tranquilidad había vuelto a las filas del “obamismo”, diversas informaciones daban noticia del estado de ánimo, y de la previsión correspondiente, en la sede del Ejecutivo: según parece, y con meses de antelación a la fecha electoral, el presidente habría encargado a los Departamentos de Justicia, Defensa y Estado la redacción de unas normas que sirvieran para la utilización de los aviones no tripulados –los famosos “drones”– en la lucha antiterrorista en previsión de que fuera distinto al propio Obama el habitante de la Casa Blanca.

Dejando de lado la presuntuosa asunción de responsabilidades –atar las manos del eventual sucesor allí donde las del actual han actuado sin ningún tipo de limitaciones: 300 incursiones en los últimos cuatro años y más de 2.500 “militantes” de pelaje vario, sin excluir a civiles derribados por equivocación o mala suerte, contundentemente eliminados–, ese transparente “por si acaso” es indicativo de las percepciones predominantes entre los responsables electorales de Obama y en él mismo. Claro que las mismas informaciones dejan entrever que, asegurada la reelección, ya no es prioritaria la adopción de una norma que regule el cómo, el cuándo y el porqué de las letales incursiones. Y es que a pesar de que las organizaciones de derechos civiles americanas se han mostrado con Obama bastante más condescendientes que con ninguno de sus antecesores, la secuencia continua y mortal en la utilización de los susodichos “drones” ha venido planteando problemas jurídicos y éticos en un contexto social y político que siempre tiene a la ley como referencia obligada y última: ¿puede el Presidente de los Estados Unidos, por sí y ante sí, disponer de vidas humanas, por más que pertenezcan a supuestos o reales enemigos del país? ¿No está esa práctica reñida con la directiva presidencial 11905, adoptada por el presidente Gerald Ford en 1976, que prohíbe al Presidente de los Estados Unidos ordenar asesinatos políticos? ¿O es que acaso los aviones no tripulados son simplemente parte de una acción bélica en el contexto de la declarada guerra contra el terrorismo y por consiguiente no se les puede imputar responsabilidades en asesinatos políticos?

En verdad el tema de los aviones no tripulados y su eventual utilización contra terroristas de origen y configuración varia, más allá de su significación como índice de las inseguridades que en su momento poblaron la mente de los encargados de la reelección de Obama, no ha estado en el catálogo de las principales preocupaciones de los americanos en el momento electoral. Y si lo ha estado ha sido más bien en la columna del haber: tras las experiencias del 11 de septiembre de 2001, y a pesar del tiempo transcurrido, los Estados Unidos y sus habitantes no quieren compromisos con su seguridad, aun a costa de bordear la legalidad o la moralidad. Caso insigne en este capítulo ha sido el de la eliminación de Osama Bin Laden por el expeditivo, y no por ello menos arriesgado, procedimiento de enviar un comando de fuerzas especiales encargado de la misión de acabar con el autor intelectual de las matanzas

de Nueva York, Washington y Pensilvania en aquella fatídica fecha. No se conoce a ningún ciudadano americano que haya dejado de celebrar la hazaña, que naturalmente ha ocupado parte significativa de la propaganda electoral para la reelección presidencial.

El problema de Obama ha sido otro: la distancia existente entre las expectativas que desató su elección y la relativa pobreza de sus realizaciones. O si se quiere, el conspicuo y largo capítulo de las promesas incumplidas. Fundamentalmente en el terreno de la economía y de manera más específica en el de la creación de puestos de trabajo. También aquí los analistas y sus series históricas han percibido y anotado el carácter extraordinario de la reelección de Obama cuando el nivel nacional de desempleo superaba el 7%, solo comparable, dicen, a la reelección de Franklin D. Roosevelt en 1936 en parecidas circunstancias. Lo cual, además de poner de relieve que los juegos estadísticos raramente conducen a leyes históricas de valor universal, hace recordar que en efecto una de las primeras promesas de Obama al llegar a la Casa Blanca fue la de rebajar el índice de paro al 5% en sus primeros cuatro años de mandato. Bien es cierto que él recibió la economía en una situación traumática, con el desempleo alcanzando cotas que superaban el 9% y viéndose forzado a adoptar medidas drásticas –en parte ya iniciadas bajo la Administración de George W. Bush– para impedir el derrumbe del sector financiero y, entre otros, del automovilístico. Pero las medidas del “estímulo” –una gigantesca inyección monetaria en el sistema, del orden de los 900.000 millones de dólares– han sido remisas en la producción de resultados. El índice de pobreza del país, que en 2008 alcanzaba a cerca de 40 millones de habitantes, un 13% de la población, cuatro años más tarde ha alcanzado los 46 millones de habitantes, más de un 15% –las cifras más altas alcanzadas en los últimos cincuenta años–. En cuatro años la deuda federal se ha elevado desde los 10 billones de dólares hasta más de los 16 en el año 2012. La Administración Obama ha generado los mayores déficits presupuestarios conocidos desde el final de la II Guerra Mundial, alcanzando en sus primeros cuatro años el 8,3% del PIB. Solo a partir del verano de 2012, ya en vísperas electorales, la economía comenzó a mostrar tímidos signos de recuperación, visibles en la lenta mejora de los índices de desempleo y en los sectores del inmobiliario y de las manufacturas. Guiado por una ortodoxia de origen claramente keynesiano, Obama y su Administración han apostado por un esquema de fuerte presen-

cia pública en la economía convencidos de que a corto plazo es la única manera de extraer al país del marasmo y a largo plazo es el método imprescindible para producir una igualación económica y social, que sus adversarios califican de “socialdemócrata”, sus enemigos de “socialistas” y sus acérrimos opositores incluso de “europea”, adjetivo este que compendia bien todos los males reales o imaginarios de los que se quiere hacer responsable al primer presidente afroamericano de la nación. Parte importante de ese proyecto es la reforma del sistema de salud conocido por “Obamacare” –oficialmente denominado “Patient Protection and Affordable Care Act”–, convertido en ley en 2010 tras una trabajosa deliberación en el Congreso, mantenido por el Tribunal Supremo en una debatida decisión en 2012 y que según las estadísticas ha permitido ya el aumento en un 2% de las coberturas médicas de la población –de los 50 millones de americanos sin cobertura médica en 2010 se habría pasado a 48 millones en el año 2012–. Sin embargo la desigual distribución de la renta personal, cuyos primeros índices ya fueron registrados en los años 70 del pasado siglo, no ha comenzado todavía a reequilibrarse. Era difícil por tanto que Obama pudiera comparecer ante la ciudadanía con otra carta de presentación que no fuera: “he hecho todo lo que podido, pero las circunstancias no me permitieron llegar más allá”.

Y eso que, siempre hombre de suerte, otras han sido las circunstancias que han permitido redorar sus blasones. Empeñado como todos los de su condición intelectual o política en la promoción a toda costa de las energías “limpias”, ha comprometido sumas importantes de fondos públicos en su subvención y promoción, con resultados cuando menos inciertos: la empresa californiana Solyndra, dedicada a la fabricación de paneles solares de última generación, seleccionada por el favor presidencial para encarnar las virtudes del sector, agradecida recipiendaria de un crédito de 535 millones de dólares para la realización de sus actividades, se vio obligada a declararse en suspensión de pagos a los pocos meses de recibir las mercedes de la oficialidad, con el consiguiente escándalo y recriminación, cesando toda actividad en 2011. Pero sin abandonar el énfasis otorgado a las “renovables”, cuyo mérito arrasradamente llegó a compartir también en su momento Mitt Romney, Obama, paradójicamente, se ha visto favorecido por la explosión de las disponibilidades de las energías “no renovables”. El descubrimiento de enormes bolsas de gas natural en los Estados Unidos, la novedosa aplicación de nuevos méto-

dos de explotación de yacimientos petrolíferos hasta ahora marginales, la apertura a la explotación petrolífera de nuevos pozos en el Golfo de México y en Alaska, la mejora de los controles medioambientales en la utilización del carbón, han tornado la imagen del candidato Obama de un feroz defensor del medio ambiente en un realista comprometido con buscar el mejor “mix” energético para el país, sin demasiados prejuicios ideológicos. Porque, como el mismo Obama subraya, para el año 2030 los Estados Unidos pueden realizar el sueño de la independencia energética. Es decir, un mundo en el que los saudíes, venezolanos, cataríes, iraníes e incluso rusos ya no sean necesarios. De las emisiones ya hablaremos, que este ya no es el mundo del “*Inconvenient Truth*” de Al Gore. Con premio Nobel y todo. ¿Hay quien dé más?

Pero en conjunto esa contradictoria imagen de la figura que algunos creyeron mesiánica y muchos terminaron por calificar como deficiente –en 2010, en las elecciones bianuales a la Cámara de Representantes, el Partido Demócrata recibió lo que Obama calificó de “*shellacking*” y en castizo traduciríamos por un “repasso” que llevó a los republicanos a obtener una holgada mayoría parlamentaria–, había concluido por fatigar al personal. La economía no acababa de cobrar fuerza, las disfuncionalidades administrativas eran evidentes, la polarización política en Washington visible y dolorosa y evidente la incapacidad, o la falta de voluntad, mostrada por el presidente para hacer buena su promesa de gobernar para todos los americanos, fuere cual fuera su origen o convicción ideológica. Por si alguna duda hubiera cabido, Obama era un sólido representante del ala progresista del Partido Demócrata y como gráficamente expresara su entonces jefe de gabinete, y hoy alcalde de Chicago, Rahm Emanuel, en pensamiento de honda raigambre filosófica, “que se j... los republicanos”.

En el otoño de 2011, un año antes de las elecciones, cuando los republicanos preparaban sus divididas fuerzas para comenzar el ciclo de las elecciones primarias, las encuestas ofrecían un sorprendente resultado: Barack Obama apenas superaba en un punto al candidato republicano todavía desconocido, fuera cual fuera su nombre. Pero el presidente contaba con dos evidentes ventajas. Una de ellas de antemano adquirida: él no tendría que concurrir a unas primarias. Y otra incierta pero presumiblemente favorable para sus intereses: los republicanos sí deberían celebrarlas y todo el mundo sabe del riesgo que

el ejercicio entraña: un excelente ejemplo de democracia participativa que se puede convertir en incierto “boomerang” para tirios y troyanos. Y para comprobarlo que se lo pregunten a Hillary Clinton, que disputó la primacía a Obama en las primarias demócratas que precedieron a las elecciones de 2008.

MITT ROMNEY

Cuando Mitt Romney, en el mes de mayo de 2012, asegura poseer el número suficiente de delegados para confirmar su candidatura, el ciclo infernal de “caucus” y primarias se había arrastrado trabajosamente por toda la geografía del país mientras dejaba en el camino, en un lento goteo, a los candidatos derrotados: Michelle Bachman, la ardorosa congresista por Minnesota; Rick Perry, el torpón gobernador de Texas; Herman Cain, el afroamericano que había llegado a presidir la cadena Godfather’s Pizza, pero no podía explicar sus devaneos sentimentales; Tim Pawlenty, el centrista e inteligente exgobernador de Minnesota; Jon Huntsman, como Romney de fe mormona, exembajador de Obama en China, capaz y bien orientado; Newt Gingrich, el combativo y listo expresidente de la Cámara de Representantes, con tantos éxitos políticos como fracasos matrimoniales a sus espaldas; el congresista Ron Paul, el más veterano de todos ellos, capaz de inflamar a la juventud con sus propuestas libertarias y pacifistas; y el católico Rick Santorum, articulado y convincente en la presentación de sus ideas conservadoras, el último y el único a la postre capaz de hacer sombra a Romney en su carrera hacia la candidatura.

Mitt Romney había ya buscado la presidencia en 2008, cuando John McCain resultó elegido candidato, y desde el principio de su periplo basa sus credenciales en su historial como exitoso empresario que sabe cómo solucionar los problemas. Es un hombre rico –posiblemente el que más en la larga lista de los aspirantes a la presidencia de los Estados Unidos– con una buena experiencia en el servicio público. Fue gobernador de Massachusetts entre 2003 y 2007, y presidente de la sociedad organizadora de los Juegos Olímpicos de Invierno en Salt Lake City en 2002. Presume de haber aportado inteligencia y capacidad en ambas ocasiones para resolver problemas urgentes y graves. En Salt Lake City salvando en última instancia la organización de unos Juegos marcada para la ineficiencia y la corrupción. En Mas-

sachussets, estado de aplastante mayoría demócrata, siendo un gobernador republicano capaz, según sus palabras, de unir en un mismo proyecto a miembros de los dos partidos y saneando las deficitarias cuentas públicas. Los demócratas se encargarán de recordarle que fue precisamente bajo su mandato cuando Massachussets se dotó de un sistema público de cobertura sanitaria que habría de servir de inspiración al que más tarde Obama extendería a todo el país. Sus explicaciones en sentido contrario resultaron confusas y probablemente innecesarias, abonando el terreno en el que los demócratas van a construir gran parte de sus ataques: que es un “flip flop” profesional, un veleta que cambia de opinión según soplan los vientos, sin convicciones firmes ni soluciones contrastadas. Uno de sus principales puntos programáticos en la campaña electoral habría de ser precisamente la abolición del “Obamacare” si llegaba, y cuando llegara, a la Casa Blanca.

Y es que para obtener la candidatura republicana a la Casa Blanca, Mitt Romney, que probablemente es una persona de convicciones más centristas de los que los enemigos piensan y los amigos conceden, ha tenido que realizar una extraordinaria acrobacia política e ideológica. Miembro de un partido dominado por los aires de fronda que soplan desde la radicalidad reformista del Tea Party y naturalmente inclinado a buscar una mínima empatía popular que le permitiera concurrir a las elecciones con una cierta garantía de éxito, ha dedicado la primera parte de su esfuerzo, el cubierto por las primarias, a garantizar la calidad de sus credenciales conservadoras ante los propios, mientras procuraba en el segundo trecho, ya asegurada la nominación, hacer agradable y digestiva su imagen en el conjunto general de la población. En el ejercicio, seguramente más dirigido hacia las fuerzas vivas del republicanismo que hacia los votantes, Romney debía acreditar su “elegibilidad”, ese brumoso concepto que acaba por describir en la moderación la mejor cualidad para alcanzar el objetivo. Y que en efecto, aunque rara vez pudiera medirse su alcance, descartaba de la carrera a gentes como Herman Cain, Ron Paul o el mismo Gingrich. Los resultados demuestran que la opción Romney, tan cuidadosamente fabricada, no terminó de cosechar el entusiasmo de los parroquianos. Tanto menos el de los ajenos al rebaño.

Y es que, entre otras cosas, las facturas de las primarias son largas y pesadas. Algunas tienen traducción económica: Romney ha consumido parte

significativa de sus finanzas electorales en la derrota de sus múltiples adversarios republicanos y cuando acaba el ciclo, en mayo de 2012, las cuentas están exhaustas, sin que los ingresos recaudados para la campaña electoral puedan ser utilizados hasta el mes de agosto, tras la Convención republicana en Tampa, Florida, cuando la candidatura haya sido formalmente aceptada por el partido y sea legalmente posible la utilización de esos fondos. Otras, no menos pesadas, son de índole política: para contrarrestar la retórica antiinmigratoria de Perry se ha lanzado a la exótica propuesta de que los residentes ilegales procedan a su “autodeportación”; sin una clara definición de su política económica, y para hacer contrapeso a ortodoxos del mercado y libertarios individualistas, canta las excelencias del capitalismo en tonos que le sitúan a la derecha de Milton Friedman; y sin tener demasiadas nociones del funcionamiento de la política exterior, acusa a China de ser una “manipuladora de divisas” y mantiene que Rusia constituye uno de los mayores riesgos estratégicos para los intereses americanos. Temas todos ellos en los que resulta difícil organizar una marcha atrás y que, cual *ritornello* maldito, volvieron una y otra vez al debate público en los meses posteriores, cuando ya no quedaba más contrincante que Barack Obama.

LA CONTIENDA

Fue precisamente el periodo que transcurre desde mayo hasta agosto de 2012, inicialmente marcado por la consagración de Romney como candidato y de horas bajas para las expectativas demócratas –los números de las encuestas, ya con un candidato republicano conocido, ofrecen en prácticamente todas ellas empates técnicos–, cuando Jim Messina, el jefe de la campaña electoral de Obama, propone la adopción de una estrategia dirigida fundamentalmente a la destrucción de la imagen del candidato republicano. No era ello lo que decían los manuales, pero la Casa Blanca adopta la sugerencia y los medios audiovisuales americanos se ven inundados por mensajes patrocinados por grupos de influencia próximos al Partido Demócrata en los que Romney aparece como un capitalista sin piedad, desconecedor de los problemas reales de los americanos, interesado únicamente en favorecer a los ricos y decidido a desmontar los servicios sociales existentes. Para ello, y entre otros recursos, los demócratas disponen de la trayectoria del propio

Romney en Bain Capital, un fondo de inversión que él llegó a presidir especializado en la adquisición de empresas en crisis y su reconversión en entidades rentables en un proceso que no dejaba de tener sus costes laborales y humanos. Nunca se llegó a escuchar una versión coherente de lo que Romney había hecho en Bain Capital porque, aun suponiendo que su trayectoria no encerraba ilegalidades ni inmoralidad, apenas tuvo ocasión de explicarse: su campaña se había quedado sin fondos para combatir con mensajes televisivos las insidias, reales o inventadas, de los demócratas, que por supuesto consiguieron pegar al personaje las peores características del Scrooge dickensiano: Romney, capitalista malo.

El sambenito no habría de impedir que Romney cargara sobre el contrincante lo que habría de convertirse en su más poderosa arma dialéctica: la fragilidad de la economía, la incapacidad para generar la aparición de puestos de trabajo. Las encuestas, que prácticamente hasta el final siguieron manteniendo los empates conocidos, concedían sistemáticamente primacía a Romney por lo que a la mejora de la situación económica afectaba y, aunque fuera de poco consuelo, esa percepción fue reforzada por la elección de Paul Ryan como candidato a la vicepresidencia –figura que además cuenta con el caluroso beneplácito de la ortodoxia económica del Tea Party–. Ryan, presidente de la comisión de presupuestos de la Cámara de Representantes, católico de Wisconsin, tiene un acreditado conocimiento de las cuentas estatales y de su funcionamiento, al tiempo que no oculta su predilección por un Estado adelgazado hasta lo imprescindible en el que los impuestos sean pocos y pocas también las cargas sociales.

Aunque imperfecta en su formulación y poco satisfactoria en su resultado, esa fue la base de la batalla electoral que en 2012 han mantenido Obama y Romney en su carrera por conseguir la Casa Blanca. Y si ha sido el primero el que ha ganado la contienda, con menos margen de lo que los demócratas hubieran querido y más del que las encuestas auguraban, no ha sido por deméritos del tema –central en la gobernanza actual, como todo el mundo sabe y sufre–, sino por la cortedad explicativa y las torpezas técnicas y políticas de su antagonista. Inevitablemente correspondidas por la sobreabundancia retórica y la brillante capacidad de ingeniería electoral mostrada por los de Obama.

De la retórica se encargó en gran parte Bill Clinton, que ante la Convención Demócrata en Charleston, Carolina del Norte, realizó una espléndida deconstrucción técnica y política de las propuestas económicas de los republicanos. Como todo en esta vida, su fogosa presentación tenía trampa y la mejor demostración de su existencia se la ofreció Romney a Obama en el debate celebrado el 3 de octubre en la Universidad de Denver, Colorado, en la mejor ocasión que el candidato habría de tener para mostrar la calidad y alcance de sus convicciones, la bondad de sus fórmulas y la inanidad de los resultados ofrecidos por los cuatro años de “obamismo”. Ante un Obama sorprendentemente huido, Romney mostró las mejores cualidades de lo que hubiera sido su presidencia. No cabe duda: si la elección se hubiera celebrado el día siguiente, hoy el exgobernador de Massachussets estaría preparando su discurso inaugural. Pero hubo otros debates, los ataques no siempre cayeron en el haber del republicano y hasta el último momento persistió la duda del principio: ¿votar por un rico que nos promete mayor eficiencia económica si bajamos impuestos y prestaciones sociales o hacerlo por un afroamericano que promete mejorar lo poco que ha hecho durante cuatro años? La conversación privada que Romney mantuvo en Florida con un grupo de eventuales donantes y que un empleado del hotel donde se celebraba la reunión grabó subrepticamente para la posteridad y en la que el candidato republicano afirmaba que los destinatarios de sus mensajes no podían ser los ciudadanos que integran el 47% de la población americana que no pagaban el impuesto sobre la renta, secuestrados como estaban por las ayudas sociales del Gobierno, acabó por demostrar a los renuentes dónde estaba el suelo de sus preocupaciones y el alcance de sus deseos. No es fácil plantearse una elección nacional a la que de antemano se renuncia a convencer a casi la mitad del censo.

Porque los demócratas, y en ello demostraron la superioridad de su ingeniería electoral, no dejaron ladrillo por remover, casa por llamar o vehículo por enviar para movilizar a los que sabían potencialmente propios: por supuesto los negros, pero también los hispanos, y los asiáticos, y los mayores, y las mujeres, y los jóvenes. Ahora más que en ningún otro momento en el pasado, los Estados Unidos se han convertido en una sociedad multirracial, multicultural y segmentada, de confrontados intereses a los que hay que atender con medidas y propuestas específicas cuya mejor calidad tiene sobre todo un nombre: atención. Los republicanos han tratado al cuerpo electo-

ral como si de una antigua y sola realidad se tratara, ignorando cualquier asomo de proximidad o simpatía hacia los problemas de las minorías hoy mayoritarias. El caso de los hispanos, por ejemplo, es flagrante y hubiera bastado con seguir las patéticas apariciones de Romney en la televisión de habla española para comprobarlo. Los demócratas pronto comprendieron que junto a su esfuerzo para denigrar al contrincante la mejor esperanza de victoria la tenían en movilizar a las bases con las cuales en principio se encontraban en sintonía. Y lo hicieron. Ahí están los resultados. Solo los blancos de una cierta edad y mayoritariamente procedentes de ámbitos rurales han votado por Romney en cantidades significativas. Si fijamos la atención exclusivamente en el componente hispano notaremos que en 2012 suponía un 10% del total del electorado, un punto más que en 2008, que en estos cuatro años se han añadido al censo cuatro millones más de votantes hispanos, que solo en Florida el aumento ha sido de 200.000 nuevos votantes, y que si Obama en 2008 recibió el 67% de ese voto, en 2012 recogió el 71%.

Sería suicida que el Partido Republicano no registrara estos cambios tectónicos en la composición demográfica y en el comportamiento electoral del país. Habría bastado con que Romney hubiera recibido en 2012 el mismo 40% del voto hispano que en 2004 recibió George W. Bush para que su cuenta electoral se hubiera visto aumentada en más de un millón de votos, un tercio de la ventaja que Obama le ha sacado en las elecciones, y que dada su parcelación en el Colegio Electoral bien le hubieran podido valer la presidencia: con 334.000 votos más repartidos entre Florida, Virginia, Ohio y New Hampshire, Romney hoy sería Presidente de los Estados Unidos. Así son las cosas y así funciona el sistema. Para unos y para otros. Como bien dicen los clásicos, mejor no llorar sobre la leche derramada.

A MODO DE CONCLUSIÓN PROSPECTIVA

¿Qué cabe deducir de todo ello? Peggy Noonan, la conocida y respetada articulista, lo resumía con amargura en el *Wall Street Journal* del 10 de noviembre de 2012: “cuando América se encuentra en una terrible situación económica y la oposición política no puede convencer a la gente de que el cambio puede traer una mejora, algo no funciona adecuadamente.”

¿Y algo más? Pues que la tragedia del huracán Sandy vino a colmar el vaso de la suerte de Obama en los últimos días de la campaña, ofreciéndole la posibilidad soñada de aparecer como líder que no renuncia a meter las manos en la masa cuando de lo que se trata es de ayudar al prójimo en dificultades. Sobre lo demás, cuatro años más de Barack Obama, el tiempo nos irá diciendo, pero las previsiones son las que en esos casos se presumen: más gasto público, más deuda, menos guerras exteriores, más retraimiento internacional, poco o nulo entendimiento con el adversario doméstico y si se tercia preparar las cosas para que el ciclo demócrata se continúe en 2016 con otro presidente de la cuerda. ¿Hillary Clinton quizás? Viendo a su marido participar tan activamente en la campaña de quien le había frustrado a su mujer sus primeras oportunidades presidenciales, cabría interpretar que estaba haciendo méritos para que así sea. ¿Y de los republicanos? Dios dirá y que Él los ilumine. Ya lo sentenciaron los clásicos: “*Vae victis*”.

PALABRAS CLAVE

EE. UU • Obama • Elecciones en Estados Unidos • Partidos políticos • Estado de bienestar

RESUMEN

El embajador Javier Rupérez realiza un análisis de las pasadas elecciones estadounidenses en las que resultó reelegido el presidente Obama. Sin restar méritos a la campaña demócrata, el autor mantiene que Romney ha desaprovechado una oportunidad única de alcanzar la presidencia y que el pueblo norteamericano se ha conformado con la opción del mal menor.

ABSTRACT

Ambassador Javier Rupérez carries out an analysis of the recent US elections in which President Obama was re-elected. Without wishing to detract merits from the Democratic campaign, the author maintains that Romney has missed a unique opportunity to win the presidency and that the American people have settled for the lesser evil.